

1974

La espada y el arado: una refutación lírica de Juan Ramón por Blas de Otero

Nelson R. Orringer

Citas recomendadas

Orringer, Nelson R. (Noviembre 1974) "La espada y el arado: una refutación lírica de Juan Ramón por Blas de Otero," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 1, Article 6.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss1/6>

LA ESPADA Y EL ARADO:

UNA REFUTACIÓN LÍRICA DE JUAN RAMÓN POR BLAS DE OTERO

Nelson R. Orringer

Conocida es la influencia negativa que ejerce Juan Ramón Jiménez sobre los llamados "poetas desarraigados" de los años 40 y 50. Entre quienes Dámaso Alonso, José Hierro y Blas de Otero renuncian a la persecución de la forma como tal, de la pura belleza que obsesionaba al vate de Moguer. En su poema-programa "Para un esteta", Hierro ataca al escritor quien, como Juan Ramón, se desvive por la "Obra", como si las últimas consecuencias de todos sus afanes radicaran en la apoteosis de su persona y no, como las prevé Hierro, en la tumba.¹ De Otero observa el crítico Alarcos Llorach que aspira a "huir de la torre de marfil característica de otras décadas y oponer a la refinada "inmensa mayoría" de Juan Ramón una también "inmensa mayoría" de hombres de carne y hueso, que, al igual del poeta, nacen, viven, aman, sufren, mueren, en un mundo "como un árbol desgajado".² De ahí que toda huella del poeta moguerense en la obra de Otero la hubiera de imprimir una intención radicalmente opuesta a la de aquél.

No extraña, pues, que, como pensamos demostrar aquí, el poema de Otero titulado "Aren en paz" proceda de la inversión del soneto "Octubre" de Juan Ramón. Las diferencias entre los dos poemas miden con precisión la distancia entre las cosmovisiones de sus autores. Porque ambos contemplan la posibilidad de inmolarsse, motivados por un amor cósmico, aunque con aspiraciones discrepantes: si Jiménez intenta aumentar la belleza de un mundo ya bello, Otero se resuelve a traer la paz y la salvación a un planeta que yace en ruinas tras más de un decenio de guerra sin cuartel. Mientras que Jiménez se afana por una poesía más pura, Otero se flagela por una poesía que le presente más humano, más unido

con la humanidad digna de compasión.

"Octubre", uno de los Sonetos espirituales (1914-1915), surge de la reacción juanramoniana a un ocaso campestre y otoñal:

Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno,

a ver si con romperlo y con sembrarlo,
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

En los dos cuartetos se despliega un panorama pictóricamente equilibrado del hombre en armonía con la naturaleza, Al mismo tiempo que el poeta contempla el paisaje, bañado en luz amarilla, el arado se mueve sobre un plano paralelo al suyo, y la mano abierta siembra la tierra igualmente abierta. Sirviéndose del encabalgamiento suave, Juan Ramón deja que el ojo del lector se deslice sin esfuerzo de una línea a la próxima e intuya la vastedad del terreno, tendido hasta más allá de fronteras concebibles ("enfrente/ del infinito..."); la luminosidad sostenida de la amplia visión ("amarilla/ dulzura..."); y la sencillez de idilio que la preside y que más o menos la pone en libertad frente a la regularidad métrica.⁴ La rima en sí participa de pareja llaneza. Pese al-sinfín de posibilidades para rimas consonantes en -ente. Jiménez prefiere, en cambio, rimar con él mismo el sufijo adverbial -mente, que en castellano lleva un acento tan sólo secundario y que, por ende, acerca la poesía a la prosa y permite el movimiento más libre de una a otra

línea.⁵ En el sexteto, el poeta da voz a su reacción sentimental, a la belleza en torno suyo: amante de la tierra, quisiera sembrarla a su manera, con su corazón de poeta maduro. A consecuencia de su generosidad, el mundo podría ver aumentada su perfección con un poema puro, el árbol del amor plantado por el poeta.⁶ Haciendo eco de Campos de Castilla (1914) de Machado y de las odas que dedica Fray Luis a la vida del campo, este soneto logra captar el afecto sobrio y espontáneo que siente el "andaluz universal" por la gleba castellana. No prodiga palabras afectivas ("dulzura", "terruño tierno"; "amor eterno") ni colores ("amarillo"; "oscuro"). El único elemento del poema que desdice de la dulzura total es el brusco aunque sentido "Pensó arrancarme".

Recálquese la brusquedad; colóquese al comienzo; inviértase la imagen del poeta echado en la tierra para que la tierra se le eche al poeta; y aplácese esta imagen hasta el final. En resumen, conviértase la suavidad del poema de Jiménez en angustia irreprimida. Lo que resulta es el poema, siguiente, aparecido en Redoble de conciencia (1951) de Blas de Otero:

"Aren en paz"

Pensó poner mi corazón, con una cinta
morada, encima de la montaña más alta del mundo,
para que, al levantar la frente al cielo, los hombres
viesen su dolor hecho carne, humanado.

Pensé mutilarme ambas manos, desmantelarme
yo mismo mis dos manos, y asentarlas
sobre la losa de una casa en ruinas;
así orarían por los desolados.

Después, como un cadáver puesto en pie
de guerra, clamaría por los campos
la paz del hombre, el hambre de Dios vivo,
la represada sed de libertad.

Loches y días suben a mis labios
--ellos, en son de sol; ellas de blanco--,
detrás acude la esperanza con
una cinta amarilla entre las manos.

Miradme bien, y ved que estoy dispuesto
para la muerte. Queden estos hombres.
Asume el sol. Desnazca sobre el mundo
la noche. Echadme tierra. Arad en paz.⁷

Tanto Jiménez como Otero emplean el pretérito "Pensé", y uno y otro piensan arrancarse el corazón, en que alientan sentimientos elevados. Aspiran uno y otro a brindar al mundo un espectáculo que, en ambos casos, ha de representar una obra de amor supremo. En uno y otro poema, la decisión de sacar el corazón ocupa la misma cantidad de líneas que la descripción del propósito: Jiménez dedica a cada una un terceto; Otero, medio cuarteto. La autoinmolación de uno y otro poeta ha de tener lugar frente a un vasto panorama. Pero si Jiménez se limita al "infinito campo de Castilla", Otero se extiende al mundo entero. El caos universal substituye a la armonía del paisaje pintada en el soneto. Luego la universalidad del dolor, del sufrimiento, de casas derrumbadas, de cadáveres mutilados despierta en Otero la conciencia de su mortalidad. Anhela conferir un sentido a su finitud, sacrificándose a sí propio por la fraternidad y por la paz. Ansia el papel de intermediario entre Dios y el hombre en un mundo enloquecido, embrutecido por la guerra. Quiere, como Jesucristo, encarnar todas las aflicciones humanas a fin de redimir al prójimo, que al mirar hacia el cielo implorando divino, ha de vislumbrar el corazón de un poeta hecho mártir de su compasión. La cinta morada, ¿no simbolizará la caridad

como la púrpura de San Juan de la Cruz?⁸ En cuanto Otero se conoce como un ser-para-la-muerte y, por lo mismo, comprometido a conocer la temporalidad que es el ser del hombre-- las "noches y días" del poema--, se siente obligado a predicar la conversión de espadas en arados que, a fuerza de tales, pueden abrirle tierra en donde enterrar a nuestro poeta.

La bucólica tranquilidad del soneto de Juan Ramón la ha desplazado la trágica actitud de combate de Otero. Como otros muchos poemas suyos, "Aren en paz" patentiza cierta tensión entre la esperanza y la desesperación. Porque, a diferencia del corazón de Jiménez, el de Otero, lejos

de aislarle de la inmensa mayoría, le permite identificarse con ella en relación arquetípica para que, como un héroe épico, tome sobre sí mismo el cargo que oprime a todos. Con sus minutos contados, escribe de día y de noche la poesía que, fallecido el autor, ha de permanecer como la voz de este "cadáver puesto en pie de guerra". No abriga otra esperanza, y la única que abriga queda casi desmayada, como el color amarillo que una vez era verde, símbolo tradicional de la esperanza.⁹ El poema de Blas es

una llamada al orden mediante el amor. La forma métrica parece querer triunfar del caos. Una estrofa y cuarta de líneas que varían de entre trece a dieciseis sílabas se rinden ante la regularidad endecasílabo. A veces interrumpe al paso regular el encabalgamiento brusco ("en pie/ de guerra"; "dispuesto/ para la muerte"; "sobre el mundo/ la noche") siempre que el poeta medita sobre el sacrificio que le exige su misión. Y la última estrofa comprime en sí misma muchos imperativos urgentes que ruegan la paz, la armonía, el día.

Entre la composición de los dos poemas aquí examinados median cuatro decenios. Al holocausto de 1956 y al de 1945 los sucede la amenaza a la aniquilación mundial de los años 50. La mano que dirige el arado en el poema de Jiménez empuña la espada en el de Otero. Ha desaparecido la belleza que antes se daba a la vista y, para encontrarla, hay que mirar detrás de la desolación que domina el paisaje y el poema. O, por mejor decir, el poeta no nos encanta con su canto, sino con la profundidad con que lo canta. En oposición a Jiménez, que universaliza sus sentimientos privados, Otero registra los sentimientos de todos los vivientes. La poesía comprometida, engagé, se alaba de su índole testimonial. Mas la generación de Juan Ramón también creía ser testigo de todo lo necesario para vivir con plenitud. Por los mismos años que fueron escritos los Sonetos espirituales, José Ortega y Gasset, coetáneo de Juan Ramón y lector suyo, animaba a sus compatriotas a salvarse humanizando su circunstancia concreta.¹⁰ Y Juan Ramón, que hasta su muerte buscaba conciencia total de la belleza en torno suyo, de tal modo aspiraba a ganarse la salvación. Poetas de menos edad y de peor fortuna, de menos voluntad y, con frecuencia, menos capacidad de percibir aquella

belleza, no obstante anhelan contemplarla. Sus críticas del poeta puro bien pueden esconder un deseo de volver, en alguna manera, a la pureza poética. ¿Será, pues, que reminiscencias juanramonianas en un "poeta desarraigado" traicionan una nostalgia por raíces, que sólo pueden hincarse bien en la tierra tras la conversión de espadas en arados? ¹¹

NOTAS

¹"Para un esteta", en Quinta del 42, Poesías completas (Madrid: Giner, 1962), pp.294-295. Véase David Bary, "Josa Hierro's 'Para un esteta'," HILA, 83 (oct. 1968),1347-1352. Sobre la "poesía desarraigada": Birute Ciplijauskaite, El poeta y la poesía (Del romanticismo a la poesía social) (Madrid: Ínsula, 1966), pp. 405-419; Dámaso Alonso, "Poesía arraigada y poesía desarraigada," en Poetas españoles contemporáneos, 3ra ed. (Madrid: Gredos, 1965), pp. 345-358.

²La poesía de Blas de Otero (Salamanca: Anaya, 1966),p. 29.

³Segunda antología poética (1898-1918) (Madrid: Espasa-Calpe, 1959), p.232.

⁴Sobre el encabalgamiento suave y el encabalgamiento brusco: Dámaso Alonso, Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos (Madrid: Gredos, 1950), p. 69. En el tipo suave, un grupo fénico de sílabas que forman una unidad semántica rebasa el endecasílabo y continúa hasta o más allá de la mitad del endecasílabo siguiente; en el tipo brusco, el grupo fénico termina antes.

⁵Según los textos fénicos de T. Navarro Tomás, los adverbios con -mente acentúan siempre la raíz adjetival, aunque no siempre la primera -e_ del sufijo -mente. Manual de pronunciación española. 5ta ed. (K.Y.: Hafner, 1957), pp. 282, 289.

⁶Jiménez nos informa que el árbol simboliza la poesía colocando tras el soneto "Octubre" en varias antologías el soneto "A la poesía: árbol joven y eterno, castillo de belleza".

⁷Redoble de conciencia (Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1951), p. 59.

⁸"Por la púrpura es denotada la caridad en la divina Escritura, y de ella se visten y sirven los reyes." San Juan, comentario en prosa a

la canCIÓN 24 de Cántico espiritual, en Obras completas (Madrid: Ed. de la Espiritualidad, 1957), p. 853. Este concepto de púrpura se aplica a la tela misma del vestido regio y parece abarcar el color de rojo ("colorada": San Juan, p. 659). Alarcos Llorach nota la influencia de San Juan sobre Otero: pp. 25, 37, 97.

⁹Sobre la "verdura de esperanza": San Juan, Comentario a Noche oscura, p. 657.

¹⁰Véase de Ortega Meditaciones del Quijote (Madrid: Revista de Occidente 1957), pp. 43-44. Este libro remonta a 1914.

¹¹Bary, p. 1351, percibe semejante nostalgia en José Hierro. Y Ciplijauskaite, p. 413, descubre en los poetas más jóvenes de la España de hoy cierto "resurgimiento del interés por lo formal."